

VOLVER

Por

RUBÉN ABELARDO VALLE VILLANES

Eduardo se paseaba con Raúl sobre los hombros por la plaza central. Los rayos solares iluminaban los cabellos largos y ondulados del pequeño, entrecerraba sus grandes ojos negros y la sonrisa que se formaba en sus labios era amplia e inocente. Jugaba con el cabello de su padre, tocaba con sus pequeñas manos el rostro de Eduardo y le quitaba tiernamente los anteojos de carey. Daban vueltas alrededor de las pequeñas carpas que se instalaban los fines de semana para la feria de la ciudad y se detenían para degustar postres típicos o ante algo que llamara su atención.

Terminaban exhaustos esos domingos y llegaban a casa a comer. Corrían las dos cuadras que separaba la plaza de su casa, en el corazón de Huamanga. Una residencia que asignaban a quienes trabajaban para el municipio, entre ellos sociólogos como Eduardo. Contaba con una bella entrada, de casona antigua, de aires virreinales, con una fuente en medio del patio central. Espaciados escalones llevaban al segundo nivel, hacia amplios portones, los cuales daban a una pequeña sala de estar. La sala tenía a ambos lados un mini departamento. El de la derecha era su hogar, su pequeño espacio en el mundo. La luz entraba por los grandes ventanales de la habitación, atravesando un balcón de estilo colonial. Un camarote pegado a la pared y al frente una mesita con un aparador de libros por encima, espacio donde papá pasaba largas noches trabajando. El piso estaba regado de carritos de juguete, peluches y soldaditos de plomo. Cuando la tarde caía, se echaban a ver una película juntos mientras las luces ocres envolvían el cuarto.

Entre sueños, Raúl solía sollozar. Nombraba a la madre. Una que no conocía. De la que le habían contado, pero no tenía recuerdo. De la que solo mantenía una fotografía borrosa, casi en sepia, desgastada por el tiempo, por el uso, por las lágrimas. Solía pasear por la casa, en sus overoles, haciendo preguntas a su padre, preguntas inocentes. Estaba en esa etapa de la infancia. Pero a menudo también aparecían las preguntas incómodas, preguntas sobre dónde estaba mamá, qué hacía, por qué no estaba, y si es que iba a volver. Había situaciones en que no podía evadirlas y corría hacia él, lo abrazaba y le decía cuanto lo amaban, él y su madre. Que ella estaba trabajando en Lima, que ella no lo había olvidado, que pronto escribiría y que ella también dormía con una fotografía suya bajo la almohada.

*

Raúl tenía algunos problemas en la escuela. No era un mal chico, pero lo reconocían como un malcriado. No importaba sacar mejores notas que sus compañeros. Si no respetaba hasta las más absurdas normas, nada valía. “Yo he criado bien a mi hijo, solo.” Empezaba con esa línea, Eduardo, cada reunión con los maestros. Luego salía del salón de clase y se iba rápidamente con Raúl a casa. Papá tenía siempre en mente la imagen del pequeño esperándolo, con los zapatos sucios, el pantalón manchado y la camisa afuera. Con la mirada perdida y con un atisbo de temor. Temor al castigo. Pero Eduardo no era esa clase de padre. Tenía paciencia y estaba lleno de amor. “Ya se le pasará”, pensaba a veces. “Es solo un niño”. “La adolescencia es una etapa”.

Algunos vellos se asoman en la faz de Raúl, algún cigarrillo aparece en sus labios vuelta a casa. Eduardo lo espera, siente su presencia y ordena rápidamente el escritorio. Esconde celosamente libros y apuntes, ordena un poco la casa y ve entrar a su hijo. Lo abraza, le pregunta qué tal va la escuela, él balbucea algunas palabras y se sienta a almorzar. Repiten la rutina todos los días. Intercalan cigarrillos con similitud y rapidez. Raúl en las calles y Eduardo sobre el escritorio. Suelen pensar el uno en el otro. El hijo se preocupa por el inusual peso del padre. “Siempre ha sido delgado, pero no así de delgado”. Por su latente toz y su repentino envejecimiento, por los cabellos plateados que empiezan a poblar su cabeza y las

fuertes arrugas en el rostro. El padre se preocupa por el estado escolar del hijo, por su futuro. “Espero acabe el año y se gradúe sin problemas”. Sin embargo, ninguno pregunta. La relación se ha deteriorado con los años, con la edad e ímpetu de Raúl y el cansancio de Eduardo.

La rutina falla cuando Raúl vuelve de la escuela y no encuentra a su padre. Ve la mesa servida y come solo. A las dos horas llega Eduardo cargando algunas maletas. Detrás de él irrumpe en la casa una bella mujer, ya en edad madura, morena, de largos cabellos ondulados. Queda pasmado. No por su belleza, sino por su recuerdo. Era ella, por fin era ella. Dieciséis años tarde. Lágrimas caen por el rostro de la madre pródiga y se acerca apresuradamente a abrazar al hijo que perdió para siempre. Raúl la esquiva y corre hacia la puerta, baja las escaleras con una rapidez increíble y sale de la casona. Está muy aturdido para sentir, está muy aturdido para pensar. Corre, luego camina. Camina hasta el amanecer.

*

Raúl esperaba ansioso el fin de semana y escapar de la rutina universitaria. Estudiaba lo mismo que su viejo y en el mismo centro de estudios. No era el mejor, pero le iba bien. “Te vas a morir de hambre”, le repetía su madre. “Me llegas al pincho”, le respondía él.

Los viernes hace una parada con amigos en el Queirolo del centro. Luces amarillas, tenues. Chilcanos sobre las mesas garabateadas, miradas que se cruzan con aquellas que años atrás quedaron inmortalizadas en las paredes y carcajadas que llenan el ambiente. Alcohólicos y con los cuerpos tambaleantes, chocando a veces con las paredes anaranjadas, salen del bar. Descienden por Tacna hacia la Arequipa. Calles lúgubres, sucias y llenas de curiosos personajes. Llegan al *The Blood Club* y empieza la noche. Joy Division, Bauhaus y OMD suenan en el local, la música es mecánica, oscura y pesada. Se apodera de sus cuerpos y bailan entre las luces distópicas y convulsionantes.

El ambiente es humeante, cargado y húmedo. El olor es penetrante, sudoroso. La barra donde se detienen, de igual manera, y el baño donde cierran los tratos, tóxico. Las noches terminan en su apartamento, la chica de turno, la solitaria cama y algunos tragos sobre la mesa. Con ella durmiendo y él frente al gran ventanal fumando un cigarrillo.

Esta noche es diferente. Esta noche ha pensado en su padre. Esta noche el alcohol lo ha sensibilizado. “Vaya, aún tenías corazón”, repite en su mente, mientras en ropa interior hurga en sus cajones. Encuentra lo que buscaba, encuentra eso que ocultó cuatro años atrás. Pierde el equilibrio y cae sobre sus rodillas, con las fotos entre sus manos y las lágrimas recorriendo sus mejillas. Ahí estaba papá, en el tercer cajón izquierdo. A veces solo basta refrescar la memoria para tener el valor de remontar el pasado y cerrar las historias. Salió por la mañana con la resaca encima y compró un pasaje para Ayacucho, con los pocos cojones que le quedaban.

*

El frío calaba en sus huesos y se retorcía paso a paso. Su cuerpo temblaba, sus manos, sus piernas. Definitivamente ya no estaba acostumbrado. Ya no era su ciudad. No era la plaza en la que dio los primeros pasos. Tampoco la plaza donde pasó momentos de confort con su padre, con sus amigos, sus hermanos. Era sombría, las calles oscuras, vacías. Se respiraba luto, se percibía el terror. De vez en cuando un fusil aparecía de las esquinas, se acercaba, pedía documentos y se retiraba. La mirada hosca, pedante, hostil. Las manos sucias y el gesto fruncido. Al final no eran tan diferentes, ambos tenían miedo.

Estaba agobiado por el recuerdo de su padre. Llegó por un impulso casi mecánico, trepidante dentro de él. Un magnetismo extraño, un deseo constante. La sangre llama, lo había comprendido. Debía ser fugaz en su labor y volver a Lima. Allá las cosas volverían a ser las mismas, como antes. Mientras encendía un cigarrillo, sintió que mentía. Bocanada, no recordaba las últimas palabras de papá. Golpe, le costaba figurar su rostro. Amargura y contradicciones se anidaban en él, las dudas solo crecían y necesitaba un descanso. Paró y se sentó en una esquina de la plaza, con el cigarrillo en los labios, cabizbajo, pensativo.

“Dos cuadras a la izquierda, no puedo equivocarme. Espero que esté bien, no debí esperar tanto. Lo dejé como un perro, como un paria. No sé en qué pensaba. Ni una carta, ni una noticia. Esa vieja de mierda me lo arrebató todo, lo único que tenía. Pero no todo es su culpa. Qué de puta madre pasarse las tardes ebrio, las noches ebrio, sin que importe nada y se haga rutina. Qué de puta madre armar escándalos en bares y discotecas, reventar cabezas y patear culos, ser sacado a rastras, salivando y furioso. Qué de puta madre agarrar a puñetazos a los novios de mamá, arruinarle la vida, dejarla sola. Siempre con la justificación del pobrecito, del indefenso niño arrancado del terruño, del confundido Raúl atrapado en las indecisiones de los padres, del chico que solo buscaba un mejor futuro. Es terrible pensar que si no me quería ir, no me iba. Que si me imponía, me quedaba. Que fui un cobarde, que fui egoísta y que en el fondo no quería hacerme cargo de ti. Ojalá te encuentre, quiero encontrarte”.

Se levantó de golpe y siguió caminando. Llegó a la casa, dudó. Tocó la puerta y casi de inmediato apareció un pequeño vigilante. Le mostró una fotografía de su padre, preguntó por él. El tipo no lo reconocía. Insistió un momento más, hasta que se acercaron unos militares y vio que era mejor irse. Los rumores de lo que podía pasarle a un extraño en la ciudad eran tan veraces como las armas con las cuales le apuntaban. Preguntó por la ciudad, de arriba a abajo, si alguien lo reconocía, si alguien podía darle alguna información. Fue inútil. Se desesperó en la comisaría y lo agarraron a golpes. Pensaban dejarlo unos días, una noche al menos, encerrado; pero, un oficial se apiadó de él y le recomendó largarse, ya estaba advertido. Nunca había sentido semejante impotencia, semejante dolor en el cuerpo y en el alma. El rostro magullado, lágrimas que se confundían con la suciedad del mismo y se volvían barro. Veía luces, el equilibrio fallaba. Intentaba sostenerse de algún lugar, pero los brazos le ardían y sus manos se doblaban. Se derrumbó en la terminal de buses, perdió la conciencia. Fue auxiliado por algunas personas y cuando despertó tomó el primer bus hacia Lima, prometiendo que no volvería jamás a esa ciudad de mierda, con la esperanza destrozada y una fotografía doblada en su billetera.